



siempre queda la esperanza de que no sea del todo cierto, ¿verdad?”

Y se volvió con gesto muy sereno y muy aplomado retirándose el pañuelo de los ojos y guardándolo en el bolso.

“Ahora debo marcharme. Te agradezco infinito el haberme recibido”.

Y aquello ya sí que fue un caos entero y verdadero y en toda regla y con todas las de la ley. Que no había quién se aclarase ni atara ni juntase cabos ni era posible dilucidar si es que Práxedes estaba gravemente enferma o el que tenía una enfermedad irreversible era él o si es que había tenido un hijo con otra o si es que ella había contado (en el trozo que la criada no había oído) que él era quien había asesinado a una desconocida que apareció muerta, por pura coincidencia, en un descampado a las afueras de la ciudad.

Y, para poner la guinda al merengue de la confusión y el desconcierto, ¿quién rayos era Orestes?; que no había nadie en la familia, ni entre los conocidos, ni en la ciudad ni en los contornos. Nadie con semejante nombre.

“Ahí tienes la prueba – le decía ella a él con su media sonrisa tan natural de siempre – de que esa mema (por Emérita)* y su criada son unas locas o unas maledicientes ¿Cómo voy yo a decir así, una detrás de otra, semejante sarta de sandeces?, ¿eh? Es para morirse de la risa, y...Orestes... ¡Orestes!... ¿pero se puede saber quién es Orestes? Pues como eso con todo”.

Y que lo mejor era no hacer ni caso.

Pero entre unas cosas y otras, la historia original que dio lugar al té con pastas de marras se fue a pique quizás porque la involucrada (que ya muy viejecita Práxedes se resolverá esperemos a desvelar su identidad, que de momento no suelta prenda e

* que ésta.